

II EL LENGUAJE

“Dios, habiendo creado al hombre como una criatura sociable, lo hizo no sólo con una inclinación y una necesidad de con fraternizar con sus congéneres, sino que le suministró también el lenguaje que habría de ser el gran instrumento y el vínculo común de la sociedad” —JOHN LOCKE

§ 1 *El lenguaje y los signos*

UTILIZAMOS el lenguaje porque deseamos comunicar a los demás nuestros pensamientos, sentimientos y deseos. Cualquiera que haya sido el origen histórico del lenguaje hablado, es indudable que su razón de ser radica en el deseo del hombre de afectar a aquellos con quienes está en contacto. El lenguaje es un fenómeno social. Los hombres hablan para ser *escuchados*, desean ser escuchados a fin de poder expresarse ante los demás y así influir en ellos. Por lo tanto, los hombres usan el lenguaje a fin de ser *comprendidos*. Comprender algo es aprehenderlo en sus conexiones o como signo de otra cosa. En el capítulo anterior vimos que una cosa puede ser un signo de otra, por ejemplo, el sol que se pone entre nubes puede ser el signo de un lluvioso día siguiente. En un *signo* sólo para el espectador que ha aprendido, por experiencia previa, a asociar una ocurrencia con la otra. No hay signo sin intérprete. En consecuencia, *significar* requiere (1) lo que es significado, (2) el signo significador, (3) el intérprete del signo como significador.

En la ilustración del capítulo 1, el hombre varado en la roca interpretó los ademanes de las personas en el acantilado como significativos de *algo* conectado con su propia seguridad. Al investigar, nuestro hombre interpretó correctamente los signos como significativos de que “ese saliente será seguro”. Éste es un ejemplo de un ademán demostrativo interpretado como significativo de algo visiblemente presentado. Pero lo que el hombre *vio* y lo que el signo *significó* fue algo más de lo visualmente aprehendido. El hombre no *vio* tan sólo un saliente de la roca, sino un lugar fuera del alcance de la marea. Si hubiese sido completamente ignorante de los fenómenos de las mareas, no habría podido interpretar el signo como lo hizo. Todos los signos que somos capaces de interpretar ocurren en esta forma,

a saber, en un contexto de experiencia que es el único que puede conferir *significación* a estos signos. A lo largo del examen del método lógico veremos cómo la capacidad de conectar, y por lo tanto de interpretar los acontecimientos de la naturaleza, depende de la capacidad de reconocer ciertos acontecimientos como significativos de otros.

Es imposible pensar sin utilizar signos, pues pensar es ir más allá de lo sensorialmente presentado. Esto no quiere decir que el pensamiento es imposible sin las palabras, pues las palabras son sólo una clase de signos. En el sentido más amplio de la palabra "lenguaje", empleamos el lenguaje siempre que empleamos deliberadamente una cosa como signo de otra cosa. Un signo *conscientemente* concebido para representar algo se llamará un *símbolo*. No debemos decir que "el sol que se pone entre nubes" *simboliza* "un siguiente día lluvioso", sí debemos decir, sin embargo, que los caracteres impresos que el lector acaba de leer y comprender *simbolizan* aquello que tales signos evocaron en su mente. No es posible trazar una línea rígida y precisa entre "signo" y "símbolo" en el sentido en que usamos estas palabras aquí. Si ello fuera posible, habría menos dudas acerca del origen histórico de los lenguajes. Pero en el lenguaje desarrollado en que está escrito este libro, la diferencia entre signo y símbolo es del todo inequívoca. ¿Cómo se produce esta diferencia? Como acabamos de indicar, sólo es posible dar una respuesta aproximada a esta pregunta.

Los signos pueden ser naturales o artificiales, es decir convencionales. La clase más simple de lenguaje, o sea el sistema más simple de signos conscientemente ideados, es el lenguaje de los gestos. Un lenguaje de gestos es uno en que los signos son, o bien demostrativos —es decir, que consisten simplemente en señalar aquello que ha de ser indicado— o bien imitativos —es decir, un signo que imita o copia aquello que significa. Por ejemplo, si un hombre indica que tiene sed haciendo los movimientos que haría si se llevara un vaso a los labios, está empleando un gesto imitativo como signo. Tales signos se llaman "signos naturales" debido a que, como se asemejan a la cosa o acción significada, constituyen el medio más natural de indicar lo que deseamos indicar. Estos signos pueden ser usados para llamar la atención hacia algo que no está presente en realidad, y son en consecuencia apropiados para cumplir una de las funciones más importantes del lenguaje. Los sonidos pueden emplearse como signos imitativos, como cuando se significa a cierto pájaro llamándolo "cucú" o a cierto juego llamándolo "ping-pong". Sin embargo, como las más de las veces las cosas no tienen un sonido característico, un lenguaje basado totalmente en sonidos imitativos no podría llegar muy lejos. Un signo convencional es uno que no es ni un gesto demostrativo ni un sonido o gesto imitativo, es deliberadamente ideado para representar algo y, de tal suerte, ha adquirido una significación relativamente fija que permite comprenderlo como referente a algo definido.

en todas y cada una de las ocasiones en que se emplea. El lenguaje de los gestos puede entrafñar el uso de signos convencionales, cuando, como resultado de la experiencia previa, se considera que el comienzo de un movimiento imitativo representa todo el movimiento, o cuando una representación esquemática basta para la comprensión del signo. Del mismo modo, la escritura pictográfica, que comienza siendo pictóricamente imitativa, evoluciona, aun cuando sigue siendo ideográfica, hacia signos convencionales. Tales signos tienen que ser aprendidos antes de que sean comprendidos, y ese aprendizaje no forma parte de la experiencia común de la raza humana. De tal suerte, los europeos tienen que aprender los jeroglíficos egipcios y los ideogramas chinos del mismo modo que cualquier otra lengua extranjera, aun cuando tal escritura comenzó con signos imitativos.

Como instrumento del pensamiento, los signos naturales adolecen de dos graves defectos. Primero, el número de sonidos reconociblemente diferentes que la voz humana es capaz de emitir, y el número de gestos diferentes que el cuerpo humano es capaz de ejecutar, son decididamente limitados y menos que las ideas que se desea comunicar. Segundo, es necesario representar no sólo aquello que no está presente en realidad, sino aquello que no es susceptible de ser presentado sensorialmente, a saber, características generales de las cosas, o sea abstracciones, como *fuerza, intencionalidad, inferioridad en número*, etcétera. En consecuencia, para que el pensamiento pueda ser desarrollado es necesario un conjunto de signos arbitrariamente ideados que no sean en modo alguno imitativos. Tal conjunto de signos constituye un lenguaje no representativo.

El lector de este libro está tan cabalmente familiarizado con su propio lenguaje, tan imbuido en sus asociaciones normales, que probablemente le resultará difícil pensar que estas palabras son *meramente* signos convencionales. Empero, la palabra "hombre", por ejemplo, es una forma (según está impresa aquí) o un sonido, si se pronuncia en voz alta, arbitrariamente ideado para representar algo con lo que el lector está familiarizado. Es bien sabido que los hombres primitivos, sin excluir a algunos de los griegos, han sido proclives a suponer que una palabra tiene una idoneidad inherente para representar lo que significa. Heráclito, por ejemplo, consideraba que las palabras encarnaban sensorialmente la naturaleza de las cosas. Así, F. M. Cornford dice que, para Heráclito, "el Logos se revela en el lenguaje. La estructura del lenguaje humano refleja la estructura del mundo, más aún, es una encarnación o representación de esa estructura"¹. Es bien sabido, además, que muchos pueblos primitivos son reuuentes a decir sus nombres a los extranjeros, por temor a que éstos adquieran poder sobre ellos. Es probablemente algún vestigio de esta creencia lo que ha llevado a muchas personas a buscarle un origen onomatopéyico a todo lenguaje.² Aristóteles, sin embargo, reconoció

¹ CORNFORD, *From Religion to Philosophy*, p. 45

² Cf. DE MORGAN, *Formal Logic*, pp. 246-7. "Si toda la humanidad:

claramente que las palabras habladas y escritas —el lenguaje por excelencia— son convencionales y no imitativas. Así, dice que un hombre es “un sonido significativo por convención”, y añade “La limitación ‘por convención’ fue introducida porque nada es, por naturaleza, un nombre o un apelativo, lo es sólo cuando se convierte en un símbolo”³

¿Cómo, entonces, se convierte una palabra en un símbolo? Es de cir, ¿cómo se convierte una marca escrita o un sonido hablado en un signo convencional de algo diferente de sí? Dar una respuesta cabal a esta pregunta equivaldría a escribir una historia de la evolución de los lenguajes y un estudio del desarrollo del niño en la utilización y comprensión del lenguaje. Para nuestro propósito, sin embargo, bastará con indicar la manera en que una nueva palabra llega a tener significado para nosotros. El lector de este libro no es un niño y probablemente no es versado en la psicología del lenguaje, pero puede recordar fácilmente, por experiencia propia, cómo alguna palabra que no entendía llegó a tener significado. Supongamos, por ejemplo, que nunca había visto ni oído la palabra “triforio”, pero que una vez, estando en la iglesia de Nuestra Señora de París, alguien le dijo “Éste es un triforio”. Él sabría entonces que el símbolo verbal “triforio” representa una galería abierta sobre los arcos de una iglesia. Supongamos, asimismo, que no sabía el significado de “saxófono”. Si alguien le mostrara uno de estos instrumentos musicales y le dijera que se llama *saxófono*, él entendería la palabra, es decir, conocería el objeto al que ella se refiere. Existe otra manera de comunicarle el significado de esta palabra. Se le podría decir “Un saxófono es un instrumento musical parecido a una trompeta con forma de U”. Esta descripción más bien inadecuada le permitiría reconocer un saxófono, suponiendo que ya supiese lo que es una trompeta. Si, al ver posteriormente un saxófono, pudiera dar su nombre, resultaría claro que comprendió lo que significa “saxófono”.

Una palabra, pues, tiene significado para nosotros cuando sabemos qué es aquello a lo cual la palabra se refiere. Vimos ya que, para que alguna cosa sea un signo, debe haber (1) el signo, (2) la cosa significada, (3) un intérprete. Nos será conveniente emplear la palabra “referendo” para representar *aquello que se significa*⁴. Una palabra

hubiese hablado un solo idioma, no podemos dudar que habría habido una escuela poderosa, quizá universal, de filósofos que habrían creído en la conexión inherente entre los nombres y las cosas; que habrían considerado el sonido *hombre* como el modo de agitar el aire que es esencialmente comunicativo de las ideas de razón, arte culinario, condición bípeda, etcétera. Los autores a los cuales me refiero tratan las palabras como imágenes absolutas de las cosas en virtud de las letras que las forman. ‘Los franceses —dijo el marinero inglés— llaman zapato (*shoe*) a una calabaza (*chou*). ¡Qué tontos! ¿Por qué no la llaman calabaza (*cabbage*), si saben lo que es?’

³ De *Interpretatione*, 16a, 20, 25

⁴ Es quizá lamentable tener que introducir una nueva terminología, pero la palabra “objeto” no es adecuada al propósito para el cual yo uso e

es la clase especial de signo llamado "símbolo" Una palabra es comprendida cuando se la reconoce como un signo que significa un referente Así, por ejemplo, comprendemos la palabra "caballo" si podemos interpretarla correctamente como aplicable a aquellos animales que son caballos, comprendemos la palabra "juguetero" si podemos interpretarla correctamente como aplicable a esas piezas del mobiliario que reciben ese nombre, etcétera Es posible comprender una palabra dada cuando se nos suministra una descripción correcta de su referente, o una definición de ella en palabras cuyos referentes conocemos Es de este modo como llegamos a comprender términos técnicos como "polígono", "diapasón", "pasador de cabos" Pero podemos comprender una palabra aun cuando no podamos describir el referente con otras palabras, y mucho menos *definir* la palabra El lector probablemente vacilaría si se le preguntara "¿Qué significa la palabra 'mesa'?", pero tendría razón al decir que *sabe* lo que significa "mesa" ⁵

Es importante observar que, en el sentido estricto de "entender" —que nos concierne aquí—, lo que entendemos es siempre un símbolo La gente a veces habla vagamente de que "comprende el universo", o "comprende la vida" o "comprende a una persona" En estas frases, "comprender" se utiliza en forma lata para significar "conocer ciertos hechos acerca de" o "tener ciertas actitudes frente a" o "capaz de tener ciertas reacciones ante", o todo ello a la vez Pero éste no es un empleo de la palabra adecuada a la lógica Sólo los signos pueden ser comprendidos, y comprender un signo equivale a saber qué significa En consecuencia, comprender un símbolo verbal equivale a saber a qué se refiere, es decir, a conocer el referente que representa La palabra *simboliza* el referente Debería ser claro ahora que la relación de "simbolizar" es fundamentalmente diferente de la relación de "imitar" o "copiar" En el caso de las palabras onomatopéyicas, como "cacareo", "ping-pong", "cucú", los propios signos son imitativos, pero, *en tanto símbolos*, sencillamente *representan* lo que simbolizan Resulta innecesario decir que la onomatopeya ha desempeñado un papel en el origen histórico de los lenguajes Pero en un lenguaje desarrollado reconocido como tal, es decir, como un sistema de *signos arbitrarios* —lo que Aristóteles llama "sonidos significativos por convención"—, no tiene ningún lugar Pero no debe

término técnico "referendo" El referente es *aquello a lo que se hace referencia* OGDEN y RICHARDS han sugerido la palabra "referente" (*The Meaning of Meaning*, p 13) Pero la palabra "referente" la usan ya los lógicos como un término técnico en la lógica de las relaciones (véase p 136 más adelante Cf SUSAN MILES, "Intuition", en *The Monist*, julio de 1925)

⁵ Más adelante veremos que la palabra "significa" es sumamente ambigua Los símbolos pueden *significar* de diferentes maneras (véase el capítulo ix) Pero es una palabra de uso constante y se la comprende suficiente, aunque vagamente, para que sea clara en este contexto

olvidarse que el empleo más primitivo del lenguaje tiene por objeto estimular acciones y provocar reacciones, no comunicar pensamientos e indicar propiedades ⁶

§ 2 *La actitud oyente hablante*

En el lenguaje utilizado con el propósito de la comunicación, están envueltas dos personas el oyente y el hablante. Por razones de conveniencia, simbolizaremos al oyente con B y al hablante con A. A fin de que A le comunique algo a B, A deberá saber algo que B no sepa. Con todo, A y B deberán saber algo en común, deberá haber alguna base de experiencia común que forme, por decirlo así, el contexto dentro del cual ocurra la comunicación. Limitémonos, por ahora, a esa forma de comunicación en la que A proporciona información a B. Luego, A hace una afirmación que B ha de aceptar o rechazar. Tal afirmación, ofrecida para su aceptación o rechazo, es una *proposición*. Esta proposición puede ser, ella misma, la respuesta a una pregunta hecha originalmente por B. Supongamos que B, enfrentado con un objeto que no le es familiar, preguntara "¿Qué es eso?" A responde "Eso es una gaita." Aquí, "eso" indica algo de lo cual tanto A como B están directamente conscientes, así, proporciona la base a partir de la cual la comunicación puede proceder. "Es una gaita" es la información que A da a B. Ésta es la clase más simple de comunicación, en que el riesgo de que el oyente comprenda mal al hablante se reduce a un mínimo. Supongamos ahora que A y B se encuentran en la calle Trumpington, en Cambridge. A dice: "Esa iglesia es muy grande." B replica "Eso no es una iglesia, es el edificio de la Pitt Press." Aquí, B está consciente del referendo señalado por A, pero se niega a aceptar la descripción implícita en la frase "Esa iglesia" que A emplea para indicar el referendo. La frase "Esa iglesia" es lo que el profesor Whitehead llama una "frase demostrativa" ⁷. Si A redarguye ahora: "Eso parece una iglesia", "eso" aquí simplemente demuestra, y una frase descriptiva, que puede ser correcta, es aplicada a lo que se demuestra.

La distinción entre una frase demostrativa y una frase descriptiva es muy importante ⁸. Pero la distinción se presta a ser oscurecida

⁶ Véase § 3 más adelante.

⁷ A. N. WHITEHEAD, *The Concept of Nature*, p. 7. El pasaje (pp. 6-12), entero puede leerse con provecho. La palabra "demostración" en este pasaje tiene el mismo significado que en "pronombre demostrativo".

⁸ La naturaleza de esta distinción puede hacerse más clara después de la lectura del capítulo III. Es una distinción fundamental de gran importancia para la comprensión de muchos trabajos de lógica y metafísica modernas. La naturaleza exacta de una frase descriptiva de la forma "Una iglesia gótica", etcétera, será examinada en el capítulo IX. La distinción entre las frases demostrativas y las frases descriptivas arrojará luz, como lo veremos, sobre el análisis de ciertas proposiciones cuya expresión verbal es complicada.

por la naturaleza elíptica de nuestra conversación ordinaria, que, con buen éxito, da muchas cosas por sentadas. Una frase demostrativa es como un gesto corporal: señala algo para su consideración. Una frase descriptiva adscribe características. Pero una frase demostrativa, aun que su propósito sea simplemente demostrar, casi siempre incluye un elemento de descripción, como en el caso de "Esa iglesia".⁹ Podemos entonces aceptar la demostración y rechazar el elemento descriptivo. Así, en el ejemplo dado, A logró demostrar (es decir, señalar) lo que intentaba indicar, puesto que su frase demostrativa fue comprendida por B. Pero B rechazó el elemento descriptivo, a causa de lo cual A lo substituyó con un "eso" puramente demostrativo, de modo que pudiera demostrar sin ningún elemento de descripción. Es casi imposible lograr la simple demostración por medio del lenguaje. Constantemente intentamos lograr tal demostración, pero no podemos tener buen éxito a menos que el lenguaje verbal pueda ser complementado con gestos demostrativos. Aun entonces, nuestra demostración ocurre dentro de un contexto que da significación, impidiendo así que la demostración sea puramente demostrativa.

En situaciones complejas, nos enfrentamos constantemente a la pregunta "Pero, ¿qué significa usted al decir tal cosa?" La respuesta, aquí también, puede darse sólo en palabras. Al responder, A debe encontrar símbolos que (1) simbolicen correctamente el referente que se propone simbolizar, (2) evoquen en la mente de B el mismo referente. Es obvio que el riesgo de que B malinterprete los símbolos será mayor mientras menos sean (i) las experiencias comunes a A y B, (ii) la comunidad de lenguaje disponible para referirse a esas experiencias. De aquí la fuerza que tiene la expresión metafórica empleada por las personas cuando no han logrado establecer contacto: "Ni siquiera entendimos el lenguaje que cada uno hablaba."

§ 3 Los dos usos del lenguaje

Hasta ahora nos hemos expresado como si la función principal del lenguaje fuese la de comunicar información. Ésta es, sin duda, una función importantísima. Para la ciencia, es la única función del lenguaje. Por esta razón, una ciencia, en la proporción en que viene a ser lo que llamamos "científica", tiene la necesidad de crear una terminología, es decir, un conjunto de términos técnicos que tiendan a la precisión, es decir, a la unicidad de referencia. Una afirmación científica es, en cuanto científica, precisa. Es importante no confundir la ciencia con los científicos. Pues aun un científico es un "hombre de una sola pieza" que no siempre alcanza —aun en sus escritos publicados— esa impersonalidad del pensamiento que es necesaria para la exactitud de la afirmación. Por lo demás, ningún pensante, ni siquiera el físico, es totalmente independiente del contexto de expe-

⁹ Cf capítulo xxxi, § 1

ciencia que le proporciona la sociedad dentro de la cual trabaja ¹⁰ Ello no obstante, su objetivo es el de emplear sus símbolos verbales de tal modo que pueda lograr la unicidad de referencia, y usar así el lenguaje para comunicar información que sea exacta y precisa

Sin embargo, muchas afirmaciones se hacen, no con el propósito de comunicar información, sino para producir en el oyente cierta reacción, para crear en él cierto estado de ánimo Toda persona capaz de reaccionar ante la literatura admitirá que ésta es una función importante y propia del lenguaje Todo buen crítico literario ha comprendido que el poeta no emplea el lenguaje principalmente para expresar afirmaciones verdaderas o falsas, sino para expresar aquello que no es ni verdadero ni falso Cuando Shelley dice:

La vida, como una cúpula de cristal multicolor,
mancha el blanco resplandor de la eternidad
hasta que la Muerte viene a hacerla añicos,

no está diciendo un disparate ni haciendo una afirmación que deba ser aceptada o rechazada como verdadera o falsa Aquí no se plantea el problema de la verdad y la falsedad Shelley emplea el lenguaje con un propósito totalmente diferente del que anima al científico cuando dice "El calor específico del aire a una presión constante es 0.2734" Esta afirmación simplemente expresa lo que el científico considera verdadero Él lo llamaría "un hecho" La diferencia entre estos dos usos del lenguaje no es difícil de aprehender, y sin embargo rara vez se distingue claramente entre ellos Para establecer la distinción, I A Richards ha sugerido la terminología conveniente de "el

¹⁰ Así CORNFORD, al escribir sobre la religión y la filosofía griegas, nos recuerda que "hay un andamiaje inalienable e inextirpable de concepciones que no hacemos nosotros, sino que nos es dado por la sociedad; todo un aparato de conceptos y categorías dentro del cual y por medio del cual se ve obligado a moverse nuestro pensamiento individual, no importa cuán original y audaz sea Este andamiaje es diferente para cada era en la historia, para cada grupo bien definido en el mapa intelectual de la humanidad, e incluso dentro de tales grupos, en grado menor, para cada nacionalidad De aquí el error de suponer que la naturaleza humana es prácticamente la misma en todas las épocas, y que, puesto que la naturaleza no humana es también prácticamente la misma, el filósofo griego del siglo VI a C., al estudiar su experiencia exterior e interior, se enfrentaba a los mismos problemas vistos a la misma luz que el filósofo inglés de nuestros días La diferencia —la inmensa diferencia— entre uno y otro radica en sus diversas herencias de representación colectiva Es una diferencia comprensible para cualquiera que tenga que "traducir" (como se dice) del griego al inglés El traductor pronto descubre que, una vez que pasamos de los nombres de los objetos como mesa o árboles y de las acciones simples como correr y comer, ninguna palabra griega tiene un equivalente exacto en inglés, ninguna concepción abstracta cubre el mismo campo ni acarrea la misma atmósfera de asociación" (*Op cit*, p 45)

uso científico del lenguaje” y “el uso emotivo del lenguaje” ¹¹ Cuando el lenguaje se utiliza simplemente a fin de hacer referencia a un referendo, su uso es *científico*. Cuando se emplea a fin de provocar una actitud emotiva en el oyente, para influir en él en cualquier otra forma que no sea la de ofrecerle información, entonces su uso es *emotivo*. Los ejemplos más inequívocos del uso emotivo del lenguaje se encuentran en la literatura precisamente porque su función no es la de instruir. Un escritor ha explicado esto claramente cuando dice, en un libro publicado no hace mucho: “Cuando las palabras son seleccionadas y ordenadas en tal forma que su significado provoca, u obviamente se propone provocar, la imaginación estética, el resultado puede describirse como *dicción poética*” ¹² Y añade: “Los mismos sonidos y signos pueden ser fácilmente vehículos de la poesía en este lugar y no en aquél, en este momento y no en aquél, para esta persona y no para aquella”. El propósito del científico, por el contrario, consiste en utilizar las palabras en tal forma que elimine esta variación en la reacción.

De esta distinción entre el uso científico y el uso emotivo del lenguaje se derivan dos consecuencias importantes. Primera, un hablante cuyo propósito sea científico, fracasa en la consecución de su propósito si los símbolos que utiliza son, o bien en sí mismos incorrectos —es decir, que no logran simbolizar el referendo correcto—, o bien son tales que no consiguen referir al oyente al *mismo* referendo. El lenguaje ordinario, como vimos anteriormente, está particularmente expuesto a este último fracaso. Un hablante que usa el lenguaje emotivamente, no logra comunicar su efecto si los símbolos que escoge son incapaces de suscitar la reacción correcta en el oyente. ¹³ El fracaso puede deberse, en ambos casos, al oyente. Pero en el segundo caso se debe muchas veces a la incapacidad del hablante para escoger símbolos apropiados. Así, el poeta puede fracasar en su intento de “transmitir su efecto” ¹⁴ En segundo lugar, se deriva la consecuencia de que lo que se llama *conexión lógica* es poco pertinente al uso emotivo del lenguaje, si bien constituye la condición para el buen éxito en el lenguaje científico.

Aunque la función emotiva del lenguaje se manifiesta mejor en la literatura, no está en modo alguno limitada al propósito del arte.

¹¹ *The Principles of Literary Criticism*, capítulo xxxiv. Véase también *The Meaning of Meaning*, pp. 226-9, 255-60, 271-5.

¹² OWEN BARFIELD, *Poetic Diction: A Study in Meaning*, pp. 13, 14.

¹³ En cualquier obra de arte literario —por ejemplo, un poema— puede haber afirmaciones con un carácter decididamente científico. Pero la función científica sirve aquí al valor emotivo. No podemos extendernos ahora sobre este asunto, pero podemos observar que la complejidad de la interrelación entre el uso científico y el uso emotivo del lenguaje en la literatura es una de las razones por las cuales esta forma de arte presenta las mayores dificultades al estudiante de estética.

¹⁴ Véase J. M. MURRY, *The Problem of Style*, capítulo iv.

creativo El empleo de metáforas en la argumentación es en gran medida emotivo, cuando no es simplemente el resultado del pensamiento oscuro El hablante, al empezar con una metáfora para ilustrar y hacer comprender una idea, puede, sin darse cuenta, llegar a convertir la metáfora en un argumento Así, puede acabar confundiendo la expresión de una actitud con una afirmación razonada ¹⁵ Nuestras expresiones más comunes tienden a ser emotivas Las frases corteses de la conversación ordinaria, tales como "¿Cómo está usted?" y "Mi estimado Fulano", tienen una función emotiva para la cual es impertinente la precisión de referencia Además, frecuentemente creemos estar usando el lenguaje científicamente ¹⁶ cuando en realidad estamos expresando nuestras actitudes y tratando de excitar actitudes en nuestros oyentes Por ejemplo, un conservador intransigente que rechaza una proposición de reforma social con el comentario "Eso es simple bolchevismo", pretende dar una descripción adecuada de la política que desea rechazar, pero en realidad está condenándola con una frase Y tampoco es tarea fácil, no importa cuán desinteresada sea la intención del hablante, trazar una línea divisoria entre las afirmaciones emotivas y las científicas La autora, al usar la frase "un conservador intransigente", probablemente ha expresado una actitud en lugar de nombrar un tipo de político En la mayor parte de las conversaciones se combinan ambos usos El hecho de que es difícil determinar con precisión dónde deja de ser útil una función y dónde se hace predominante la otra, no determina que la distinción en sí carezca de importancia

¹⁵ Los escritos sobre ciencia política y filosofía social abundan en metáforas que se dilatan en analogías y sustituyen al argumento En MILTON encontramos un ejemplo típico: "La Nave del Estado siempre navega; ellos están en popa, y si dirigen bien el rumbo, ¿qué necesidad hay de cambiarlos, cuando ello es más bien peligroso? Añádase a esto que el Gran Consejo es tanto Cimiento como principales Pilares del Estado; y el mover Pilares y Cimientos que no son defectuosos no puede estar exento de peligro para el Edificio No veo, por lo tanto, cómo pueden aprovecharnos Parlamentos sucesivos y transitorios, que más bien tenderán continuamente a desorganizar que a organizar un gobierno libre, a crear Comociones, Cambios, Novedades e Incertidumbres, a provocar negligencia respecto de los Asuntos y Oportunidades del momento, mientras todas las mentes están atentas ante la expectativa de una nueva Asamblea, y la Asamblea en gran medida y tiempo ocupada en su propia nueva organización" (*The Ready and Easy Way to Establish a Free Commonwealth*)

¹⁶ Debe recordarse que "científico", en relación con esto, significa la característica del lenguaje considerado desde el punto de vista de su idoneidad como instrumento para la expresión del pensamiento científico Tal "lenguaje científico" no está limitado a lo que ordinariamente se llama "las ciencias" Se emplea cada vez que una persona da información precisa a otra persona

§ 4 Vaguedad y ambigüedad

Hemos hablado varias veces de la *precisión* en el uso del lenguaje. Ahora nos toca indagar qué constituye el lenguaje preciso. Lo contrario de *preciso* es *vago*. Todas las palabras son más o menos vagas, es decir, la vaguedad es una cuestión de grado. La precisión exacta es un ideal inaccesible. No hay por qué lamentarse de que, en el lenguaje ordinario, todas las palabras adolezcan de cierto grado de vaguedad. Si no fuera así, la conversación ordinaria sería imposible. Una palabra es precisa cuando representa un, y sólo un, referente. De tal suerte, un símbolo demostrativo que logra demostrar el referente que se propone demostrar, es tan preciso como puede serlo cualquier lenguaje. Pero habremos de admitir que las frases demostrativas tienden a no poder demostrar a menos que vayan acompañadas de un gesto. Cuando, ello no obstante, "eso" y "esto" sí demuestran, tenemos entonces un ejemplo de una palabra precisa. Podemos comparar una palabra precisa con un instrumento científico de precisión. Un termómetro clínico es preciso cuando indica cambios de temperatura muy pequeños. Una placa fotográfica es precisa cuando es sensitiva a diferencias de luz muy pequeñas. Un mapa es preciso cuando cada una de las marcas que lo constituyen se refiere a uno solo de los rasgos del país que el mapa pretende representar. Un mapa mal trazado puede representar, por ejemplo, el contorno de Cornwall en gran escala o el de Italia en una escala correspondientemente menor, como descubrieron los propagandistas de un ferrocarril inglés hace unos cuantos años. Una palabra precisa, podríamos decir metafóricamente, es una palabra que es sensitiva a pequeñas diferencias en el objeto a que se refiere. "Religioso" es una palabra que, tal como se la usa de ordinario, es claramente muy vaga. Se refiere a diversas y diferentes actitudes emocionales e intelectuales, y puede ser empleada indiscriminadamente para aplicarla a diversos niveles de desarrollo emocionales e intelectuales. Para muchos fines, no tenemos que distinguir estos diversos significados utilizando palabras precisas para distinguirlos. Si deseamos ser claros, añadimos frases que dan mayor precisión a la referencia. Palabras como "conservador", "político", "humorístico" son obviamente vagas. Se refieren indefinidamente a muchos objetos que, para ciertos fines, tendrían que ser distinguidos. En tales casos, tratamos de hacer nuestras referencias menos vagas mediante la adición de frases calificativas, como "un conservador intransigente", "un político de partido", etcétera. Si, al salir de una sala de conciertos pueblerina, A le dice a B "La sala estaba llena, pero había pocos lugareños allí", está haciendo una afirmación vaga. Si dice "Todos los asientos estaban ocupados, pero no había más de una docena de lugareños allí", está haciendo una afirmación menos vaga. Si procede a especificar el número de lugareños en cantidad, digamos, de "diez", es todavía menos vago. Podría decirse que, en este caso, es tan preciso como lo permi

ten los recursos del lenguaje y como lo exigen los fines prácticos de la vida. Es claro que una afirmación vaga tiene más probabilidades de ser verdadera que una afirmación precisa. Es difícil hacer afirmaciones que sean a la vez precisas y verdaderas. De lo contrario, todos seríamos hombres de ciencia. Es necesario un largo proceso de análisis y pensamiento reflexivo a fin de eliminar la vaguedad que infecta nuestro lenguaje. Pero —ya hemos insistido en ello— la vaguedad es una cuestión de grado. No es ni posible ni deseable eliminarla totalmente. Pues, en primer lugar, nuestras experiencias sólo son más o menos comunes. Una palabra que no es muy precisa tiene lo que William James llamó un “ribete de significado”, que nos permite comunicarnos con otras personas sin una intolerable prolijidad. Y, en segundo lugar, los referendos del hablante no son, en modo alguno, siempre claros para sí mismo. El hablante sabe más o menos de qué quiere hablar. Así, la vaguedad de Newton respecto de lo que quería decir con la palabra “fuerza”, no le impidió formular las leyes del movimiento ni dificultó su descubrimiento de la ley de la gravitación.¹⁷ Más allá de un grado algo incierto, la precisión no es necesaria para la vida ordinaria y puede incluso ser una rémora para el progreso en cierta etapa del desarrollo científico. Allí donde la precisión es necesaria, es menester inventar un simbolismo *que no tenga otra finalidad que la unicidad de referencia*. Si el lenguaje alcanzara el ideal de la demostración, el ingenio quedaría condenado a muerte.

En la conversación ordinaria es imposible trazar una clara línea divisoria entre lo que se comunica mediante el lenguaje hablado (es decir, lo que se expresa en símbolos verbales) y lo que se comunica mediante la entonación, el gesto, la expresión facial. ¿Quién no conoce la expresividad de un encogimiento de hombros por parte de un francés? Mediante tales recursos logramos reducir el número de ocasiones en que necesitamos preguntar “Pero, ¿qué quiere decir usted?” En el lenguaje impreso, recurrimos a expedientes tales como las cursivas, los signos de admiración, las perífrasis, pero siempre corriendo el riesgo de que no se nos comprenda bien.

Es preciso distinguir cuidadosamente la ambigüedad de la vaguedad. En tanto que la segunda sirve a un fin útil, la primera constituye un grave defecto. Una palabra es ambigua cuando representa diferentes referendos en diferentes ocasiones. Así, pues, la ambigüedad es en gran medida una cuestión de contexto. Una palabra en un contexto dado puede no tener nada de ambigua, pero en otro contexto puede serlo en forma considerable. Muchas palabras son ambiguas y vagas al mismo tiempo, por ejemplo conservador, político, artista, ridículo, etcétera.

Los lógicos tradicionales tenían la costumbre de llamar la atención hacia las palabras que según ellos eran “equivocas” o “ambiguas”, puesto que eran utilizadas en diversos sentidos. Daban ejemplos como

¹⁷ Véase, capítulo xvi, nota 40, p. 352.

vice (que en inglés representa tanto una disposición moral como un instrumento de carpintero) y *fair* (que se aplica tanto al color de la tez de una persona como a un negocio justo) Pero tales palabras no son *ambiguas*, sino *diferentes* Cuando Shakespeare dice

Not on thy sole but on thy soul, harsh Jew,
Thou makest thy knife keen,

no está diciendo nada ambiguo, está simplemente haciendo un juego de palabras No puede haber ambigüedad a menos que usemos la *misma* palabra en más de un sentido La ambigüedad completa sería el disparate completo Para determinar si una palabra es ambigua o no, es necesaria la referencia al contexto dentro del cual se usa la palabra Ninguna palabra aislada es propiamente ambigua En un sentido, puede decirse que el "eso" demostrativo es ambiguo puesto que representa un referendo diferente en cada ocasión que se le usa Sin embargo, dado que su función es precisamente ésa, sería mejor decir que las palabras como "eso" son indeterminadas en su referencia La ambigüedad se produce cuando, al comunicarse con B, el lenguaje que emplea A refiere a B a un referendo distinto del que A tenía en mente, o cuando B (y probablemente A) se ve llevado a extender a un referendo lo que es verdadero sólo respecto de otro, sin darse cuenta de que se ha efectuado una transición La muy conocida anécdota de Coleridge acerca de dos estudiantes de teología que, al discutir los atributos de Dios, llegaron a la siguiente conclusión: "Ya veo, Tu 'Dios' es mi 'Demonio'", constituye una buena ilustración de la ambigüedad Uno de los propósitos principales de la definición de las palabras es eliminar las ambigüedades perjudiciales Pero es un error suponer que todas las palabras cuya definición sabemos, se emplean en forma no ambigua